

## La estética del control

### *La fiesta en el cañaveral*

ORLANDO ECHEVERRI BENEDETTI  
Random House, Bogotá, 2018, 206 pp.

LAS TRAMAS de estos once cuentos parecen tan sencillas, tan de la vida diaria, y están tan poco apoyadas en finales sorprendidos o en aquellos en los que todo queda resuelto, que al paso de la lectura uno a veces se pregunta: ¿Echeverri Benedetti se sentó a escribir cada relato sabiendo para dónde iba, o simplemente arrancó y se dejó llevar, permitiendo que los sucesos fueran apareciendo y que los personajes se enfrentaran a la vida como mejor podían, hasta que él decidía poner punto final? La respuesta es obvia (¿o quizás no tanto?): si algo caracteriza este libro es el control, cada cuento parece escrito con pinzas. *La fiesta en el cañaveral* está lejos de esas obras en las que el autor escribe una primera frase en busca de inspiración, de aquellas en las que quien escribe espera el resultado del más mínimo fluir de conciencia o de un “soltemos un poquito a ver qué pasa”. El lenguaje y la trama aquí parecen sencillos y corren fácilmente, y lo logran precisamente porque están muy bien planeados, controlados y decididos de antemano.

Diez de los once cuentos están narrados en primera persona por personajes que, hasta donde se sabe, no son grandes escritores, sino gente común: eso justifica sus voces tan normales, en apariencia, y poco elaboradas. Y cada voz es diferente. Nada más molesto y menos creíble que esos libros en los que los narradores de todos los cuentos hablan igual, así en un cuento sean hombres jóvenes, en el otro mujeres maduras y en el otro ancianos o niños. Aquí no y las diferencias son sutiles, apenas necesarias.

En *La fiesta en el cañaveral* no hay grandes giros dramáticos ni finales inesperados. Pero esto no implica que las tramas sean simples o que los cuentos sean aburridos. En cada uno de los relatos pasa mucho, y lo que pasa está lejos de ser fantástico o siquiera literario. Es, más bien, lo que le puede pasar a uno el día menos pensado o lo que cuenta un amigo una noche

de borrachera. Y es, normalmente, aquello que nunca quisimos que nos pasara: nadie quiere enterarse de los secretos románticos y sexuales de su padre y su abuelo, por no hablar de los de su propia esposa. Nadie quiere echarse encima un problema que no estaba buscando.

En el primer cuento, titulado “El insólito caso de Baba Aziki”, una profesora de inglés que vive en Cartagena y narra desde allí, recuerda sus días de trabajo en una prisión en Jersey (Reino Unido), donde conoció a Baba Aziki, un hombre que alguna vez apareció tirado en la playa; llevaba una cartera y en ella había fotografías de un niño desnudo que posaba sexualmente. ¿Quién era el niño? ¿Era el mismo Baba? Y si esto era cierto, ¿quién las había tomado? ¿Alguien en la isla años atrás? En el cuento el caso no queda resuelto, y en el lector solo permanece la imagen del anciano dueño de un hotel de la zona, a quien la narradora increpa:

Se removía en el asiento como si la silla ardiera, como si un animal se abriera paso entre sus entrañas. Tenía los ojos extraviados en la sombra del ocaso, los labios púrpuras como embutidos rancios. Intentó ponerse de pie. Su hija acudió en su ayuda y desde allí comenzó a gritarme que me fuera. (pp. 28-29)

En el segundo cuento, “El viaje”, el narrador viaja a Buenos Aires en busca de la ex amante de su abuelo. El anciano, antes de morir, le había contado la historia de aquel romance y la tragedia que le puso fin: imágenes poderosas, quizás las más inolvidables del libro. Ahora tiene que entregarle una carta a la mujer. Si ella la lee o no, como en todos los cuentos del libro, termina siendo lo de menos.

Después viene “La lumbré en mi vientre”. Una mujer busca al ex esposo de su madre ya muerta. Él terminó en la cárcel hace muchos años, tras asesinar al amante de su esposa; es decir, al papá de la narradora. Suena enredado y, sin embargo, fluye con una pasmosa sencillez. El hombre ahora está en un hogar geriátrico. Él y la protagonista se reúnen y hablan. El hombre, ya un anciano, le regala un chocolate. Y es como si ella, en vez de visitar al tipo que mató a su padre, visitara a una

figura paterna: a un abuelo o acaso a un papá.

En el cuento que le da título al libro, la esposa le dice al protagonista: “No es tu culpa, pero debes saber que estuve con otros hombres, no sé cuántos” (p. 77). Él, confundido, termina viajando a la casa de la familia en la playa. Allí vive su hermano. La relación entre los dos nunca ha sido buena. ¿Y qué sucede en el cañaveral? Un simple accidente. Tal vez, en últimas, nada.

“El gallo” es el único relato del libro narrado en tercera persona. Y es, de todos los del libro, el que quizás tiene la trama más difusa —lo cual no es un defecto—: cuenta la relación entre una niña solitaria y una maestra llena de secretos.

Me parece que el menos bueno de los cuentos —en un libro de excelentes cuentos— es “El indio Flórez”. El narrador —un fotógrafo que trabaja para una inmobiliaria— tiene que tomar algunas fotografías de un viejo edificio en el que funciona el taller de un artista. El hombre, el artista, termina contándole su historia: años atrás le quemaron las manos por hacer una pintura en la que un líder criminal lucía afeminado. Quizás lo que choca es la distancia (y que tiene que ver con una fórmula que Echeverri Benedetti repite en varios cuentos): para llegar al relato del pintor, que es en últimas la historia que el cuento refiere, el lector tiene que pasar por la narración del fotógrafo, detalles aburridos de su trabajo, una montada en moto, un apartamento en El Laguito y demás. ¿Qué habría pasado si el relato hubiese sido más directo; mejor dicho, si el cuento lo contara el pintor?

En “Prisión domiciliaria” pasa algo semejante: se demora en empezar. Pero aquí la trama es más poderosa, las imágenes son más inolvidables (sabrán Dios por qué Echeverri Benedetti decidió poner en este cuento solo un punto aparte: el final. Así que, formalmente, se trata de un larguísimo párrafo). Un joven está prestando el servicio militar. ¿Su función? Visitar a las personas que tienen la casa por cárcel. “Alguien tenía que comprobar que los presos estuvieran en sus domicilios y no de compras o en la peluquería” (p. 126). Uno de los retenidos está en una silla de ruedas, no puede moverse, y su esposa se le insinúa al joven

soldado. Entonces los dos terminan follando, solo con una condición: que el hombre en la silla de ruedas siempre los pueda ver. Obviamente, las cosas no terminarán bien.

Después viene “Una breve historia Afrikáans”. Aquí Echeverri Benedetti repite fórmula: una mujer nos cuenta lo que, en una cafetería, le cuenta su novio (a quien está a punto de dejar); y es el relato de él la verdadera trama de la historia, así que lo demás sobra. ¿Qué cuenta él? La extraña relación que su padre estableció con una muchacha que encontró tirada en los viñedos de su finca.

“Señales de humo” es de los más bellos. El narrador, que vive en una habitación asfixiante en pleno verano, tiene que ir al bar en el que regenta el dueño de la pensión, pues el ventilador ha dejado de funcionar. Allí conoce a un hombre ciego que acaba de perder a la esposa; está borrachísimo, así que lo acompaña hasta la casa, y mientras el hombre duerme la borrachera, él se dedica a conocer —a espiar— su mundo. Eso es todo.

“Analgésicos” cuenta la historia de un hombre perdido que se hace adicto a los calmantes y termina encontrando en una enfermera solitaria algo parecido al amor. Y en “Las almas de los animales” otro adicto, acaso el mismo, anda por las carreteras, acompañado de un veterinario, matando perros rabiosos.

Los últimos cuentos a veces se pellizcan, sus historias y personajes de pronto se encuentran sutilmente: alguna referencia, una cita, una frase suelta. Nada exagerado. De nuevo: si algo hay en el libro es control. A *La fiesta en el cañaveral* se le pueden encontrar imperfecciones (¿a qué libro no?), pero el debut como cuentista le salió muy bien a Echeverri Benedetti. Digámoslo de una vez: *La fiesta en el cañaveral* es de esos libros cuyos cuentos uno no quiere terminar de leer.

**Andrés Arias**